

EL AURIGA

ORGANO DEL CENTRO RESISTENCIA CONDUCTORES DE CARRUJES Y ANEXOS

LA UNION

HACE LA FUERZA

REDACCION Y ADMINISTRACION

Calle Arapey 85, (local social)

SOLIDARIDAD

NECROLOGIA

Ramon Cabana

Victima de rápida y penosa enfermedad, falleció el 30 de Junio, el compañero con cuyo nombre enebizamos estas líneas.

La redacción de EL AURIGA se inclina respetuosa ante la tumba recién abierta del buen compañero, enviando al mismo tiempo su más sincero pésame a los deudos del extinto.

Que la madre común, la tierra, al acogerlo en su seno, le sea leve.

Que los cipreses de la Necrópolis, al ser azotados por el viento, sean los transmisores de los votos que hacemos por el descanso eterno de su alma.

Vicente Perez

Victima de una penosa y antigua dolencia, contralida en largas e infelices jornadas pasadas en el pescante de carruajes,—homicida para el cochero y fuente de riqueza para los empresarios, dejó de existir el 2 de Julio el compañero cuyo nombre sirve de epigrafe a esta nota.

El Comité social, en nombre de la colectividad, se inclina ante los restos del apreciable compañero y envía una palabra de aliento a sus deudos.

Que las cenizas del que fué se esparzan benéficamente, para que los sobrevivientes se abstengan de las largas jornadas.

SIEMPRE BREGANDO

Es nuestro lema.

Sabido se está que las sociedades de Resistencias no son para darle gusto a los señores jesuítico-capitalistas.

Así lo entienden ellos y así también lo han interpretado los propagandistas de las asociaciones, pero la mayor parte de los trabajadores no concluyen de darse cuenta del rol, que les está encomendado.

Es amargo decirlo, pero aún que sea vergonzoso, es necesario decir la verdad; no quiero, con lo que voy a decir, acusar a los trabajadores, pero sí, quiero prevenirles para que vayan formando un espíritu más independiente, más íntegro, más amplio y menos convencional.

Hemos visto que la mayor parte de las veces que se ha tenido necesidad de discuti-

los intereses entre el capital y el trabajo siempre se tiene en cuenta el perjuicio que puede tener el capitalista y basados en esos perjuicios hipotéticos se le da la razón aún que ella sea dudosa.

Pero el obrero que de hecho queda perjudicado para él, pocas veces se le encuentra bastante razón a no ser que él mismo se imponga y haga ver que la verdad no es convencional.

Estoy conforme con los estudios de las causas para que luego surjan los efectos—pero no estoy de acuerdo con que existan las causas y los efectos se anulen, y para que esto no suceda en lo sucesivo ruego a los compañeros que se despojen de todas las costumbres atávicas que desde antaño nos tienen sumidos en un estado de intrigas y favores—vergonzoso y despreciable para los hombres que desean llegar a su integridad.

Todos nosotros hemos visto y aún sucede algunas veces que entre los trabajadores hay quien busca merecer el favor del capitalista—esto quiere decir, la amistad y la preferencia.—Este favor tiene forzosamente que acarrear intrigas, porque no hai que dudarlo, donde existe el favor existe la intriga—y para que estos dos defectos no nos lleven a nuestra propia ruina, busquemos otros medios que nos dignifiquen—cuyos medios son: despreocupación de quien es el amo; perfección en el trabajo, sin admitir la humillación; amor y solidaridad entre los compañeros; integridad personal.

Cuando nos hayamos posesionado de estas buenas cualidades, entonces sí que no tendremos necesidad de andar con tan lamentable apatía para hacernos justicia.

NAMORNAS.

FIAT LUX

II

Seguramente que no pretendemos todos los individuos por igual y que de una manera repentina posean los conocimientos que requiere el buen éxito de la empresa; pero, si, repudiaremos hondamente a los que, teniendo a su alcance los medios de adquirirlos, hacen caso omiso de ellos, prefiriendo vivir, por su apatía censurable, en el oscurantismo del pasado, a abrir los ojos a la ardiente luz de la Verdad.

Y no se puede negar, que mientras exista en la mayoría del proletariado esa inercia, esa postración funesta, que les hace ver con indiferencia sus mismos sufrimientos, sus propias miserias, sean casi siempre los resultados contraproducentes en las luchas a que se lanzan prematuramente, arrastrados por entusiasmos momentáneos.

Cuando se concibe una idea y se lucha por su realización, es preciso tener de ella, completa posesión para ir profundamente

convencidos de su valor intrínseco, y de la legitimidad de los derechos por los cuales se emplean las energías.

De lo contrario siempre irán representando la reacción en aquellos que obrando a impulsos de ajenas voluntades, sólo llevan a la lucha, mal encubiertos por un ligero velo de rebeldía, afejos prejuicios y estúpidas preocupaciones; y desprovistos totalmente de la fuerza y entereza que dan las convicciones, pero tardan en mostrar sus debilidades.

Desgraciadamente es bastante notorio el hecho de que, la mayoría de los obreros, que constituyen las colectividades o centros de resistencia, desconocen el objeto esencial de su formación; y esa ignorancia llena de tal modo la terquedad sus ánimos, que miran marcada desconfianza la menor palabra lanzada con objeto de apartarlos una vez de la rutina.

Esa tenacidad es explicable.

No conocen otro enemigo que la burguesía y no conocen otro poder de ella, que el patron contra cuya tiranía protestan.

Ignoran las múltiples causas que a la par que contribuyen a cimentar el predominio del dinero y los privilegios, que de él dimanar, formaron también la esclavitud y extendieron sobre la tierra el dolor y la miseria.

Ven la maldad en los individuos, cuando reside en el sistema, estando sobradamente probado que la naturaleza del ser humano se adapta fácilmente al medio en que actúa, y así como el ambiente del poderío y riquezas hace germinar en nros la idea de ambición del robo y la explotación, también el ambiente miserable en que actúan los desheredados hacen germinar en ellos la idea de protesta, y odio hacia los que haciendo ningún reparo de sus sufrimientos y privaciones, nadan en la abundancia y en el goce.

Pero he aquí, que la lógica humana, el bien instintivo pone más peso en la balanza de la justicia con la razón de los miserables, que todos los derechos que quieren alegar los privilegiados, y como esa razón es universal, como ese grito de indignación que brota del seno de las masas pisoteadas halla eco hasta en la misma naturaleza ultrajada, es para preguntarse con estupefacción, ¿cómo es, que teniendo todo de su parte, constituyendo la enorme mayoría, no hayan logrado aún establecer en la tierra la idea sublime que los anima?

Esto merece contestarse, y mi criterio lo marca en esta forma: que, no negando le influencia del medio en el carácter del hombre; aquel en que vivieran los que se adoptaron y aceptaron el lazo social o contrato hecho para sintetizar las acciones humanas en general, confesemos que fué pésimo.—Aún cuando ninguna inteligencia fué capaz de remontarse hacia la época remotísima de la sociabilidad primitiva entre los humanos, aún cuando se perdió en la oscuridad del pasado, la mirada investigadora de los sabios, se deduce no obstante de los hechos que se han producido posteriormente, que la idea del contrato, u organización entre los hombres surgió de aquellos con más astucia y fuerza de carácter que

los demas empezaron á acaparar para si lo que por ley natural pertenecia á todos en común; y queriendo formar un derecho en lo apropiado, y al mismo tiempo conociendo la injusticia con que obraban y esperando como lógica consecuencia la protesta de los débiles, trataron de solidificar ese derecho poniendo sus intereses al abrigo de un acuerdo desordenado que hicieron ver igualitario y justiciero, y que fué la base del derecho á la propiedad y al desorden de la organización actual.

Estas aseveraciones nos la da la lógica de los razonamientos de Rosseau primero, y Bakaunino después.

Todos los sofismas, todo el absurdo lanzado por los prevericadores paladines de la conservación del sistema, para anatematizar sus producciones filosóficas, son puñados de arena lanzados á un terso cristal, que barrió despues el viento justiciero de la ciencia.

Se deduce pues, de lo anterior que, la apropiación fué la causa de la creación de las leyes que luego la legitimaron y éstas á su vez fueron también la causa de la formación de un grupo necesario para el orden de su aplicación; es decir, de la formación del Estado.

¿Como es posible que todos los individuos por igual se adaptaran gustosos á una leyes defensoras de intereses que no poseían?

Los que nada tenían, mas que lo que la naturaleza ayudada por ellos les daba día á día, nada bueno podían esperar tampoco de su creación; para que temieran la carestia de lo necesario á su subsistencia les era preciso creer que la tierra dejara un día de ser fecunda y productiva; de lo contrario no habiendo pasado nunca necesidades, mal podian temer la miseria y menos aún esperar un régimen que los preservara de ella.

Estableciendo esta razón, puede probarse sin temor al equivoco que solo la felonía, la mentira convencional, el colosal engaño, fué de lo que se valieron los más avisados en su atán de legalizar la explotación del sudor ageno para implantar ese régimen sobre la inmensa mayoría de los débiles é ignorantes.

Cuando se dieron cuenta del adismo en que habian caído y levantaron su voz de protesta, lo hicieron débilmente; estaban atidos al carro de lo pactado, respetaron estúpidamente lo que sin conciencia habian aceptado, y se redujeron á debatirse en el oprobio de sus consecuencias.

Entonces nacieron los egoismos entre la misma masa de los engañados, y no viendo otro medio para llegar á la disputación de la vida en el goce y bienestar que la explotación y acaparamiento del bienestar del prójimo, nacieron también las ambiciones de poderío y riquezas y los mismos que habian anatematizado á sus explotadores abrigados por las leyes, pidieron la creación de más disposiciones que atando las voluntades y encerrando la protesta les garantizara eternamente la impunidad de lo robado.

He ahí, pues un régimen creado en medio del desorden y la injusticia; he ahí el resultado del funesto *respecto* hacia leyes y contratos, y he ahí, que por haber continuado ese respeto por haberse adherido al carácter humano esa fatal costumbre de obediencia pasiva á todas las agenas disposiciones, es que vá con tanta lentitud la marcha de la razón por el camino de las reivindicaciones.

No es extraño sin embargo, dada la ignorancia en que vivian los hombres en épocas remotas, que cansados de las injusticias de sus congeneres, abrazaron el absurdo de las reliquias religiosas como un lenitivo á sus pesares, pnesto que les hacia ver con mas

indiferencia sus visitudes y como cosa natural sus sufrimientos, inclinando mas sus ánimos á la obediencia y mansedumbre.

No es extraño, repito, y hasta disculpable; puesto que hoy, que la ciencia reveladora de la Humanidad, ha extraído de la Naturaleza, en continua evolución lo que desconocia el pasado, desvaneciendo el misterio contra el cual se estrellaba la Razón y dando un mentis absoluto á todo lo que de ella no dependa, aún permanecen los individuos apegados á las viejas teorías impregnados del veneno del absurdo y por lo tanto, sumidos en la obediencia estúpida que caracteriza á nuestros semejantes de las épocas prehistóricas. (1)

(Continuará)

Ures.

(1) Por falta de espacio, me veo obligado á dejar hasta el próximo número, de exponer las razones que me impelen hacer estas opiniones con respecto á la lucha por la emancipación humana.

Constructores de carruajes

Dos meses y días que los constructores de carruajes se hallan en huelga; dos meses y días, que en las aulas de la rebeldía estudian constantemente las perversidades patronales, esas fieras insaciables de dinero y de alma negra; negra como la oscura noche en que vive la clase por ellas explotada.

Son dos meses y días de lucha:—¿son éstos, otros tantos de miseria y privaciones? no, no lo son. ¿Cuándo han tenido abundancia estos obreros? Nunca! Habitados están á la miseria; es ella fiel compañera de aquellos que tantos caudales producen, sin poseer nada jamás. La lucha por la existencia predominá en toda la esfera social. Los capitalistas guiados por prospectos ruines, no alcanzan á distinguir la realidad pal-

pitante de las cosas que han de suceder á través de los tiempos, y se empeñan tan luego en pretender destruir la organización de los trabajadores, [propósitos más pobres que hayan podido concebirse, los han hecho suyos los fabricantes de carruajes. La liga de los fabricantes tiene por único fin, puede decirse, el negar toda mejora que le sea pedida por sus explotados; con tan *laudable* fin se asocian, defienden sus intereses; muy bien hecho, se hallan en la misma situación que los obreros; pero los trabajadores pisan en un terreno firme, el pacto de los necesitados está muy bien cimentado; la unión de los de abultado abdomen, de los siempre satisfechos, está cimentada sobre un tembladeral, muy facil de dar en tierra con ella.

Nosotros esperamos que la firmeza demostrada hasta ahora por esos compañeros, continuará hasta enterrar en el polvo de la impotencia más absoluta, la soberbia de los fabricantes.

MAYO.

¡Lo que vá de ayer á hoy!

(Continuación, véase el numero anterior)

Me he desviado un gran trecho del te-

ma que llevaba, y buscando nuevamente el hilo de mi narración, vuelvo á colocarme en el punto primitivo de: *Lo que vá de ayer á hoy.*

Es sobradamente sabido, y muy bien notorio, que nuestro gremio, en la actualidad no se encuentra en las condiciones que dos años há; que los caracteres y amonestaciones de nuestros superiores, ha sufrido una gran transformación; hoy por hoy, ya nos mandan trabajar con *ajos, cebollas* y demás hierbas excitantes de que se valían antes; hoy adóptanse á la remolacha que es más agradable. Y todo ¿por qué? ¿debido á qué? ¿fueron acaso ellos que de su carácter benévolo y generosidad, han implantado tal modificación? ¡Cualquier día! ¿Cómo fué ello? Todo debido á la gran unión—que con fuerza y razón, se vence cualquier patrón.

Vino nuestra unión, y con ella la concordia; mejores condiciones en la obra del pan; la fraternidad; más amistad, y la solidaridad, que es el lema que adoptan hoy día, hasta los poderes constituidos—he ahí lo de hoy.

Veamos algo de ayer:

Allá por los tiempos de Tajés, tenía yo un patrón. Estacionado que estaba en una calle, pasó á mi lado otro patrón de cochera que á la sazón disfrutaba de mayor fama en ese comercio, y encarándose conmigo entablamos el siguiente diálogo:

—Buenas tardes amigos.....

—Servidor de vd. don.....

—Con quién trabaja [vd?

—Con don Fulano.

—Y cuánto gana?

—Treinta y dos pesos.

—Bueno, si quiere venir á mi casa, yo pago cuarenta pesos á todos.

—Agradezco su oferta, señor—le dije,—pero como no tengo queja de mi presente patrón, no sería lógico dejarlo; no faltará oportunidad y entonces teniendo en cuenta su preferencia, me pondré á sus ordenes, antes que á las de otro.

—Bueno, amiguito, haga de cuenta que nada hemos dicho, y hasta la vista.

—Servidor don.....

Transcurren diez años después de este encuentro; yo estaba al servicio de ese mismo señor que me ofreciera cuarenta pesos, desde hacía ya cuatro años.

Cierto día, por motivo sin importancia, encontrándose de mal humor mi señor patrón, me suministró un sermón, del que recuerdo estas palabras:

—Bueno, amigo, no me conteste. Si le gusta así, bien, y sinó á la calle, que á mí no me faltan cocheros!

—Está bien, señor. No decía vd. eso 10 años atrás, cuando por la calle ofrecía vd. diez pesos más á los cocheros para que fueran á su casa. Este reproche lo encolerizó más, y le inspiró este rosario:

—Amiguito, en aquel tiempo mandaban vds. Ahora mandamos nosotros, siempre no les habia de tocar lo dulce, algún día probarían lo amargo. (Textual.)

Ahora, á nuestra vez podemos repetir,

ya que se han cambiado los tiempos, aquel dicho del gaucho:

—Gota más, gota menos, el veneno es el mismo y el amargo no se aumenta.

Esto es, que aunque el veneno sea el mismo, no daremos lugar á que se nos aumente el amargo.

Observando todo esto, creo que, entre mis compañeros trabajadores, serán muy contados los que no tengan á su vez algo que narrar respecto á tratos recibidos de parte de los amos que les hayan caído en suerte, pues por muy amables y cariñosos que se les hayan demostrado, con muchos mimos y elogios, una ú otra vez, habrán sido ultrajados y tratados como cualquier cosa.

Ya nó sucede hoy con tanta frecuencia todo esto —y ¿debido á qué?—pues ya lo saben vds: á la Sociedad, á nuestra unión, y si alguien dice lo contrario, le objetaré que no es la experiencia quien le hace hablar sino el amor al arte, los mimos ó halagos de su patrón, que diariamente va regando el jardín de su ignorancia para evitar que se convierta en hombre consciente el obrero y le pida más descanso y más salario. Por eso es que constantemente cuidan á esos obreros torpes, como una madre cuida á su hija predicándole día á día cual es el camino que debe tomar para llegar á encerrarse dentro de la honradez. Por eso, digo, es que algunos hombres predicán por ahí—aunque predicán en desierto—las mismas doctrinas que les inculcan sus amos, y se les oye decir que la Sociedad no les dá nada, que no les proporciona trabajo ni pan, ni saca de la prisión á tal ó cual compañero que fué apresado por ebriedad ó desorden y etcétera.

Como si las sociedades de resistencia fuesen constituidas con el fin de las de socorros mútuos y mútua protección.

Dicen que los patrones, no se ocupan de su bienestar en la actualidad, por el sólo hecho de hallarse afiliados al Centro de resistencia.

Aquí cabe preguntar:

Antes de existir la Sociedad se ocupaban de mejorar la suerte de vds. sus humanitarios patrones?

He visto yo, no solamente por incidentes particulares y personales sino por accidentes casuales en el trabajo, ir al amo á la Comisaría, reclamar su carruaje y ni preguntar siquiera si su peón quería comida.

Cuántos casos se podrían citar!

Y sin embargo, no eran asociados; eran humildes, sumisos, bestias del trabajo.

Puedo citaros un caso que por mi pasó: cierto día tenía necesidad de ir á un consultorio médico, por estar mal de salud. A las tres de la tarde pido permiso á mi patrón, y me lo concede. Vuelvo á las seis y me pongo á disposición del trabajo.

Concluirá.

¡Bien, muy bien!

«TROMPA» COMO TODOS

Esta palabra «trompa» la descompuse de la palabra patrón. Cambiadas las dos sílabas el patrón se convierte en trompa, salvo el error ortográfico. Es algo chocante, pero asienta, como cosmético en bigote cano.

Este artículo tiene por fin demostrar el beneficio que logramos obtener del trompa, después de sacrificarnos por ayudarle á alimentat su adorada imágen, la «burra», que viste con papeles de moneda corriente y se sostiene con obleas de oro.

Un excelente trompa, llamado González, antiguo sacaleche, á fuerza de hacer manteca se transformó en cochero, luego en burgués, y empezó á reproducir su capital á costa del sudor ageno. Hoy es un señor y gran trompa.

Uno de sus primitivos obreros llamado Vicente Pérez alias «El Padre Español», luego de ayudarle durante largos años á sostener la diosa Burra, acaba de fallecer en la mayor miseria, y sin tener dos centésimos para encenderle una vela á la burra de su ex-trompa.

Uno de los compañeros del finado, se dirigió á la casa de aquel señor, padre de los pobres (de espíritu), solicitando un servicio fúnebre para el ex-feligrés que tanto hizo por la sagrada imágen de su amo, y éste, después de consultar con su conciencia y con su santa Burra, contestó negativamente, añadiendo que sólo accedería á hacer tal servicio previo pago anticipado.

Gran persona! humano trompa!

Claro se vé que su Diosa no le ha enseñado la sublime frase del nazareno: *Ama á tu prójimo como á tí mismo.*

Cómo castigar esa inhumanidad?

En mi concepto, compañeros, dejando que la Junta conduzca al cementerio el futuro cadáver de ese semejante descarriado. Porque no lo transportéis vosotros, vuestra conciencia no os recordará. Habréis sido inflexibles con un culpable, y nada más.

Salido de dicha casa el compañero que pedía el servicio, se dirigió á otra próxima, del señor Alvariza, y obtuvo igual negativa. Quería el dinero adelantado, por las dudas...

Otro gran trompa!

Qué yunta, el uno y el otro!

Tales acciones merecen un lugar en la prensa diaria, para que sus autores acaparen el elogio público.

He ahí cuánto reconocimiento alcanzamos al final de la jornada, puesta al servicio del capitalista.

Finalmente, facilitó el servicio el señor don Domingo Saconi, uno de los patrones que no merece el cambio de sílabas y que hasta hoy fué siempre humano y justo para el obrero.

El abono del servicio se hizo por subscripción voluntaria entre nuestros compañeros y por medio de listas que llevaban el sello social.

Descanse en paz el caído, y su espíritu vele por la prosperidad de los señores González y Alvariza.

Amén!

RISTOEVA.

La pena de muerte

—o—
La pena de muerte no es, pues un derecho; es únicamente una guerra que la nación declara á un ciudadano, cuya destrucción supone aquella necesaria ó útil; pero demostrando que no es útil ni necesaria, habrá vencido la Humanidad.

César Beccaria.

INTERROGANDO

—¿Ha sucedido alguna vez en los tiempos remotísimos, en alguno de los pueblos primitivos, cuna de las leyes, alguna circunstancia; algún hecho capaz de contribuir por su trascendencia á la creación de una ley, que diera derecho á los individuos para arrancar la vida á sus semejantes, sin apartarse del terreno humano?

Pregunto á los hombres de ciencia jurídica, á los que estudiaron en las aulas universitarias el *Derecho*, á los que se agitan en el foro, en el parlamento, en el periodismo, á todos en conjunto; que con tanto afán velan ó aparentan velar por la salud y tranquilidad de los pueblos; ¿qué delito hizo ver en alguna época la necesidad de formar del asesinato un derecho, como lo es la pena de muerte?—¿Cuáles fueron los benéficos resultados que han motivado la longevidad de esa ley apesar de todas las reformas, y del avance progresivo de la razón humana?

Yo por mi parte, de mis escasos conocimientos deduzco que, en las sociedades primitivas no fué humanizado ese asesinato, por causas de un hecho aislado que demostrara la ferocidad de una naturaleza, sino que, por el contrario nuestros bárbaros antepasados se degollaban mútuamente, en su lucha por la forma que habían de dar á la sociedad en embrión; por la implantación de ideales que regirían moralmente en sociabilidad; entonces se consideraba un crimen la concepción de una idea antagónica á la de los demás. Los paganos en nombre de sus dioses estirpaban las creencias cristianas exterminando sus adeptos; los galileos por su parte con el nombre de su dios por escudo, obraban de igual manera. El crimen pues era colectivo, como lo era el castigo.

Luego los adeptos á la idea ó religión que por fuerza se imponía, logrando el predominio, conservaban con el odio instiguable, la misma forma de castigo hacia los que ocurrían en el delito de contrariarlos. De esas costumbres, nacieron sus leyes.

Pues bien, es doloroso confesar que aún conservamos las leyes feroces de los bárbaros, reonociendo que, ningún hecho de los

que hoy dan motivo á la aplicación de esa pena fué la causa de su creación.

Dicen los moralistas acomodaticios: es necesario sin embargo, que subsista como un severo ejemplo que se grabará en la mente de todos, retendrá los malos impulsos y desviará las criminales ideas. Esta no es una razón que atestigüe el conservarla, puesto que está sobradamente probado que, sólo causa en los demás la impresión del momento, como todas las catástrofes, y que al delincuente jamás le ha retenido el brazo el recuerdo del castigo aplicado por un hecho análogo al que vá á cometer.

Esa ciencia antropométrica, ha perdido lastimosamente el tiempo analizando cerebros y midiendo ojos y narices; pues con todas sus investigaciones, no ha conseguido demostrar jamás, como una cosa incuestionable, que pueda existir en el organismo humano una fibra, un átomo, en fin, de la materia misma, que impulse al individuo á cometer un hecho que lo haga merecedor á tan monstruoso castigo.

En resumen; de tantos experimentos, no han sido capaces de probar, si la fuerza que lo conduce á llenar tan sangriento cometido, es inherente á su naturaleza; ó si la forman otras causas ajenas, que agriando su temperamento, transforme de tal manera su carácter, que lo predisponga á esas explosiones violentas que tan sin conciencia castigáis.

Lo que está con creces probado, es la inutilidad de vosotros, vuestro sistema y la equivocada senda que seguís para aminorar lo que creéis una maldad en el mundo, y que no son otra cosa que el lógico resultado de vuestras maldades, de vuestras injustas leyes no aceptadas abiertamente jamás, por aquellos que con más frecuencia reciben su aplicación.

Lo que está probado que á la creación de esas leyes no ha concurrido un sentimiento igualitario; que fueron hechas por los que reconociendo sus injusticias, preveían las represalias que á su capricho apellidaron, malas costumbres, instintos brutales de la plebe, y que bebiendo vosotros, legisladores ó jueces, toda vuestra ciencia en esa fuente de animosidad contra ella, no hacéis otra cosa que seguir la ruta marcada.

Sois pues unos autómatas; y en esa frivolidad pasmosa que tenéis para dictar el «cúmplase el asesinato», demostráis más criminal cinismo que aquel á quien mandáis fusilar.

¿Conocéis acaso la naturaleza del delito que con tanta frescura condenáis?

¿Os ha causado muchos desvelos el afán de analizar detenidamente, las mil circunstancias que pueden influir en el ánimo del hombre, haciéndole olvidar en un momento fatal todos los deberes que su naturaleza misma le dicta para con sñs semejantes?

No; no se ha distraído nunca vuestra atención en esas bagatelas; no habéis respirado jamás el insano ambiente en que reside la ignorancia, cuna de los desvíos inconscientes; no habéis buscado su origen recorriendo los sitios en que la bondad na-

tiva se empaña con el atroz desengaño de la duda, con la triste perspectiva de la vida; esos lugares saturados de odios que brotan desesperados en medio de humillaciones, sufrimientos y miserias..... ¡allí donde se siente como una agonía la nostalgia del vivir!... ¡allí, donde los espíritus mueren agotadas sus energías, ó resurgen indignados y potentes en el paroxismo del furor, por la rabia contenida, buscando para pulverizarlo, el origen de tantas amarguras!

Allí...allí podéis ver que vuestros códigos son quiméricas murallas, ante las explosiones que brotan..... Allí analizando vuestros actos, escudriñando vuestras conciencias camaleónicas, veréis como en un espejo la negra sombra de vuestras injusticias, extendida como un velo sobre la humanidad dormida.

¡Apresuráos en acumular esfuerzo para impedir que despierte! ¡Apagad las antorchas de la ciencia! No sea que un rayo de su luz penetre á través de las mallas que la envuelven y rasgando las tinieblas de su seno haga brotar la llama destructora!

Y entonces...oh entonces!

SERUNAUI.

Pensamientos

En las columnas de Hércules los romanos escribieron el famoso *Non plus ultra* (no más allá) Sus descendientes traspusieron las columnas, fueron allá y descubrieron nuevos mundos.

Así también los hombres en este fin de siglo, riense del *non plus ultra* de las fronteras y devaneciéndolas, van allá, se confraternizan, se tienden las manos como buenos hermanos, que la mentira y la ambición de los políticos no consiguiera más volverlos enemigos, en nombre de una ficción perversa, causa de tantas vidas preciosas segadas en la robustez de la juventud.

Los trapos tricolores, auri-verde ó estrellados, símbolos de la patria, no son más que el símbolo de la tiranía y la miseria.

Todo el mundo es malo y todo el mundo es bueno. Todo el mundo es malo cuando somos jueces de los otros, y todo el mundo es bueno cuando nos convertimos en propio juez

Bienaventurados...

Las palabras del Evangelio «Bienaventurados los pobres de espíritu», son la mas espantosa de las falsedades, que por espacio de siglos han tenido á la humanidad en un pantano de miseria y servidumbre. ¡No, no! Los pobres de espíritu son forzosamente r baño, carne de esclavitud y de dolor. Mientras haya multitudes de pobres de espíritu, habrá multitudes de miserables, de bestias de carga explotadas y devoradas por una infima minoría de ladrones y ban-

doleros.. Llegará dia en que habrá una humanidad feliz, que será una humanidad que sepa y quiera.

Hay que librar del pesimismo de la Biblia al mundo, amedrentando y abrumado desde dos mil años ha, viviendo para la muerte; pues no hay cosa tan caduca, ni tan mortalmente peligrosa como el viejo Evangelio semita aplicado todavía como único código moral y social. «Bienaventurados los inteligentes, los hombres de voluntad y de acción, ¡porque de ellos! será el Reino de la tierra.»

E. Zola

Hoy el trabajo es abrumador, y está pésimamente remunerado. El que trabaja se vé obligado á morir de hambre y es tratado como una bestia de carga, Vive sin esperanza alguna, teniendo por perspectiva el presidio si se subleva, ó el hospital si se resigna.

Detestemos todo lo que sea motivo d desunión entre nosotros, y amemos con entusiasmo todo aquello que tienda á unirnos y hermanarnos.

La ley del amor es la gran ley de la vida.

¡Que hambrel

Debemos de notar cierta debilidad de algunos compañeros (si así se les puede llamar) que estando trabajando, se empeñan en quitarles el trabajo á otros (cóllega sin darse quizá exacta cuenta, qué, aquellos, tendrán necesidad de gonarse el sustento como todos, y que talvez su situación sea más crítica, que la de aquel qué, cobardemente y á traición, quiere arrebatar el pan de la mano de su semejante, teniendo èl el necesario para comer.

Recibimos quejas, de que en tal ó cua casa particular, se presentó el [compañero tal, con un pretexto cualquiera para solicitar el puesto que otro está ocupando.

Tales proceder, no tienen cabida dentro de la actual civilización, ni una piedra siquiera en que sentarse en el campo de la honradez.

Esas prácticas, sólo se observan entre la bestias, que cuando se les pone á comer juntas su ración y si no se les ata por separado, se desesperan para comerse unas la parte de las otras, aun cuando después de hartas, tengan que dejar su parte.

La falta de razón, hace obrar así á las bestias; y entre los hombres, la falta de cultura, humanidad, dignidad y educación.

Que se coloquen esos compañeros en el lugar de aquellos á quienes quieren dañar por la espalda, y que justifiquen si les sería gradable se hiciera lo mismo con ellos.

Por lo tanto es bueno tener siempre presente aquel proverbio que reza:

No desees á otro lo que no quisieras para tí...

TEIXEIRAS.